

# Imagen posible de José Lezama Lima

Juan García Ponce

18

*Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo.*

**L**a prodigiosa belleza del primer verso de *Muerte de Narciso*, el primer poema de José Lezama Lima, tiene un significado impenetrable o más bien se cierra a cualquier significado único y se abre a un incontable número de sugerencias y posibilidades. Ante las palabras nada más tenemos la impresión de una belleza, una paz, una serenidad. Como el Nilo fluye el tiempo, y su dorado tejido es el de la vida. Pero por eso mismo, el poema no se detiene. Conducidos por ese primer verso proseguimos su impenetrable lectura. Sólo la totalidad del poema cuyo sentido anuncia su título puede llevarnos hacia un significado. La muerte de Narciso revuelve las aguas y el espejo se abre para que Narciso penetre en lo que Lezama llamaría su oscuro. Desde esa penetración las palabras van a crear el viaje de regreso mediante el que se restablece la serena verdad de las apariencias. Ese es su poder y su derecho: reconstruyen el mundo porque la muerte ha hecho evidente la realidad de una catástrofe hacia la que ha conducido la propia contemplación de la belleza y sólo desde esa catástrofe las palabras se hacen indispensables y adquieren el poder de crear la imagen con todo el impenetrable poder de la inocencia. Entonces el carácter intermedio del poeta se hace evidente. Desde el conocimiento, desde la cultura, sólo él es capaz de volver a construir con la secreta coherencia de su belleza la realidad del mundo. Pero el poeta no está colocado en el mundo, sino en el otro lado, en el conocimiento y la muerte. Su

verdadera y única y posible naturaleza es la cultura que lo hace dueño del poder del lenguaje y siempre desde lo oscuro le otorga la capacidad de mostrar lo luminoso. Es un viaje desde lo desconocido hacia lo conocido, desde lo conocido hacia lo desconocido: la muerte de Narciso, las aguas que se revuelven, la resurrección de Narciso, las aguas que cristalizan, el tiempo que fluye sobre la impenetrable serenidad de una naturaleza feroz y todavía inhumana, siempre inhumana, que la resurrección nos ofrece convertida en imagen. Lezama lo ha dicho: el poeta va desde el súbito (la imagen) hasta la extensión (lo real). La imagen es sólo eso, una posibilidad; pero por eso es también la posibilidad. Mediante ella el lenguaje, la cultura, se hacen naturaleza: la naturaleza del hombre que ha roto a la otra descendiendo a las profundidades y necesita recuperarla desde el destierro al que lo lanza ese descendimiento.

Será interminable, pero de ninguna manera inútil, intentar hacer el recuento de todas las ocasiones en las que a través de su poesía José Lezama Lima ha realizado ese viaje hacia el encuentro con la imagen. En su obra aparecen transformados mediante inesperadas descripciones y sorprendentes relaciones que ocultan el nombre bajo el que estábamos acostumbrados a reconocerlos casi todos los elementos, las apariencias y cristalizaciones que determinan la configuración de la realidad. El poeta quiere precisarlos dentro del contexto en el que pueden mostrarse con una calidad tan distinta y original como la que tuvieron en



su principio, antes de que la imagen le perteneciera sólo al poeta y desde su inocencia configurara precisamente la realidad del mundo. Por eso, para él, la poesía es el *Enemigo rumor*, título de su segundo libro. Ese rumor es el enemigo y el servidor del mundo, pero al servirlo lo despoja de su propio ámbito. Es un continuo e inagotable juego de sustituciones y restituciones. El juego de la vida dueña del propio conocimiento de sí misma, que una y otra vez se quita y se pone la máscara que le entrega el poder de representar. Al final, siempre hay un doloroso y exaltante reconocimiento:

*Ah, que tú escapes en el instante  
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.*

Pero la movilidad es indispensable porque sólo ella es la que pertenece a la vida y abre la posibilidad de un reconocimiento, permite el juego de las máscaras detrás de las que se oculta y a través de las que se muestra el poeta, quien desde su oscuro carece en verdad de rostro:

*Rueda el cielo –que no concuerde  
su intento y el grácil tiempo–  
a recorrer la posesión del clavel  
sobre la nuca más fría  
de ese alto imperio de los siglos.*

No son muchos los libros de poemas de José Lezama Lima, aunque su obra no sea breve sino que, al contrario, está

marcada por el signo de una indispensable desmesura. El poeta se sabe avocado a la tarea irrenunciable de nombrar y por lo tanto dar un sentido humano a todas las realidades del mundo. Tarea imposible, sin duda; tarea ineludible también. Por eso es significativo que el título de otro de sus libros de poemas sea *La fijeza* y el último de ellos se llame *Dador*. Sin embargo, no se trata de establecer lo que podríamos considerar la poética de José Lezama Lima. Sus largos, serpenteantes, a veces aparentemente informes poemas nos rechazan en muchas ocasiones con su evidente dificultad para penetrarlos. Las sorprendentes relaciones que establece el poeta para poner cada objeto, cada concepto, dentro de un contexto en el que brillen con una realidad nueva y particular, su hábito de unir lo banal con lo reconocidamente trascendente, su convicción de la exigencia de definir cada cosa no con su nombre conocido sino con la inesperada descripción de su apariencia vista desde un ángulo imprevisible, en una palabra, el particular y por tanto difícilmente comunicable orden del mundo que se propone crear, hacen de su obra el ejemplo vivo de una de las máximas con la que abre su libro de ensayos *La expresión americana*: "Sólo lo difícil es estimulante". Probablemente es cierto: Lezama es un poeta oscuro, barroco, verboso hasta el delirio. Pero las palabras conducidas hasta el delirio en el que alcanzan el último extremo de sus propias posibilidades para crear un discurso coherente y amenazan con adentrarse en la informe materia de la que han extraído su propio poder espiritual, su capacidad para convertir la sombra en luz expresando la oscuridad son en sus manos el instrumento mediante el cual la poesía se adelanta desde lo oscuro para encontrar la irradiación de la imagen y hacer precisamente posible la fundación por la imagen. Esto es lo que ocurre en la obra poética de Lezama Lima: lo imaginario sustituye a lo real, no pretende ser un elemento de relación sino instaurarse como una auténtica sustitución. Lezama cree en la analogía y la utiliza. Sus poemas se sirven en innumerables ocasiones de ese mágico puente de relación que es la palabra "como". Pero en ellos no se trata de aclarar una determinada forma de realidad mediante su comparación con otra, sino de que la relación crea otra realidad, no más profunda ni más superficial, aunque muchas veces sea sorprendente, sino otra, una realidad diferente: la realidad del espíritu que se hace visible al fin a través de la imagen. Al devolvernos el mundo, entonces, el poeta nos lo arrebató para entregárselo al espíritu, pero junto con el mundo, como parte del mundo, en tanto participantes comulgantes –del poema, que está en el mundo, nos entrega también como lectores al espíritu.

Quizás ésta es la muerte como resurrección de la que habla Lezama Lima en tanto poeta cristiano. No me propongo ni me atrevería en ningún momento a discutir su fe. El cristianismo también pertenece a la cultura y como Lezama lo ha dicho muy claramente todos creemos en algo por el solo hecho de haber accedido en tanto hombres a la cultura. Lezama conoce muy bien como escritor y como hombre la existencia de ese sistema de coordenadas mediante el que cristaliza, para emplear una de sus palabras, la realidad del mundo y se sirve de ellas con una absoluta libertad porque sabe que le pertenecen a todos. La historia es eso y las ha puesto a nuestra disposición. La tarea del artista es precisamente utilizarlas para crear un orden. Es un continuo *acomodamiento*. En el instante en el que algo encuentra su verdadero sitio se produce un milagro y la realidad se abre. Lo mismo puede tratarse de un objeto que es como una palabra y se ilumina de pronto al encontrarse entre otros objetos, que de una palabra que es como un objeto y se descubre en su verdadero sentido al encontrarse entre otras

palabras. Encontrar ese orden secreto de los objetos fue en Lezama Lima una obsesión tan poderosa como la que lo llevaba a buscar una y otra vez el sentido oculto de las palabras. Tenemos maravillosos, deslumbrantes ejemplos del carácter de esa tarea en relación con los objetos en la maravillosa y deslumbrante construcción verbal en la que encuentra su forma la novela *Paradiso*. El tema de la novela es otro, el tema profundo y general que la abarca por entero, pero hasta ese tema también se llega a través de un lento proceso de ordenación que permite que cada una de sus páginas nos sorprenda con la súbita cristalización en la que se fija una imagen particular mediante cuya suma se llegará a la imagen totalizadora en cuyo encuentro descansa la obra.

*Paradiso* se levanta y se hace aparecer sobre la necesidad de convertir una ausencia en presencia. No es imposible ver ese tema como el mismo que anima *Muerte de Narciso*. La realidad de la muerte, la intrusión de la muerte, es el suceso que determina para el hombre el carácter del mundo y lo hace desaparecer. A partir de ese rompimiento o catástrofe hay que recuperarlo porque todo en él nos llama a partir de la explosión y la afirmación de la vida que encierra y expulsa hacia el exterior cada una de sus formas. Es parte de la originalidad de Lezama Lima la incorporación a la literatura de todo un "nuevo mundo" de formas a través de su metódico repaso de la fauna y la flora, las particularidades y diferencias de la realidad americana que gracias a él en gran medida entra con el resto del mundo a ser parte de la historia y la cultura al hacerse visible a través de las palabras y enriquecer el lenguaje con esa realidad nueva y todavía informe a la que las palabras incorporan a la historia de la cultura y convierten en espíritu. Su carácter universal como escritor, el reconocimiento de una herencia que atraviesa el tiempo y le pertenece a todos, se afirma también a través del lento, progresivo, y cada vez más firme reconocimiento de su particularidad. Podría decirse que Lezama Lima no sólo es un escritor americano: dentro de lo americano, más particularmente aún, es un escritor cubano. En gran medida gracias a su obra Cuba entra a formar parte del mundo. Por encima de cualquier otro tipo de movimiento social, político o cultural es la literatura quien la pone en la historia y en la obra de Lezama Lima hay un reconocimiento tácito de esa capacidad de la creación literaria en tanto manifestación del espíritu que pone al espíritu en el mundo y hace del mundo un alimento del espíritu. Y en esta dirección la capacidad de *envolvimiento* de Lezama Lima mediante su sistema de poner en relación realidades hasta entonces aparentemente opuestas e irreconciliables es incommensurable. Alimenta su poesía, explica la múltiple riqueza y hasta la abigarrada confusión de sus ensayos y determina el pausado progreso narrativo de *Paradiso*.

Sin embargo, en *Paradiso* no nos encontramos frente a un tratado sino ante una novela, aunque esa novela también pueda considerarse la expresión indirecta y no conceptual, expresión en tanto creación de una imagen, de una poética. En la novela, el narrador nos dice en un momento que Baldovina, la criada, "dormía entre Violante y José Cemí, haciendo cuentos de su aldea con incansable verba, en forma circular, sin preocuparle el fin del relato". Esa forma de contar podría ser en última instancia la que anima la obra. Quien habla en ella para contarnos una vez más, pero siempre desde su propia particularidad, la historia del artista adolescente en su viaje hacia la apropiación de sí mismo y con ella hacia la apertura de su posibilidad de darle sentido a la historia a través de su vocación poética, es el espíritu de la leyenda. No tiene una meta definida, pero su incierto paso traza un círculo que lo encierra todo. En *Paradiso* podemos atrevernos tal vez a suponer que en un sentido lato



y simbólico al mismo tiempo ese encuentro de sí mismo se halla para José Cemí —el *alter ego* literario de José Lezama Lima en la novela— en la adquisición, a través del conocimiento que le ofrecen sus distintas experiencias, de la capacidad para volver a cerrar o constituir el círculo familiar que ha dejado abierto desde muy pronto la temprana muerte de su padre. La familia aparece entonces como la fundación sobre la que descansa la exigencia de continuidad de la vida. En términos naturales es indispensable que el hijo pase a ocupar el lugar del padre y se convierta en el padre. Pero en este terreno es donde en *Paradiso* se muestra una diferencia que determina el carácter y el significado de la obra. La familia que forman José Cemí, su padre, su madre y sus hermanas es una fundación incommovible. En la novela no se tratará de un proceso de sustitución mediante la creación de otra familia, sino de una vuelta hacia lo mismo, lo incommovible, la imagen original que debe hacer posible la aparición de toda la diversidad de imágenes que configuran la realidad del mundo. No nos encontraremos entonces ante una realidad "natural", sino ante la exigencia del artificio que crea una realidad poética y a través de la poesía le devuelve al mundo su naturalidad. La ausencia del padre de José Cemí a través de su temprana muerte es irreparable. José Cemí jamás le daría una calidad de presencia convirtiéndose en otro padre. Tiene que ser el mismo. La muerte, al romper la continuidad de lo natural, instaura la exigencia de lo poético.



La poesía se servirá de la naturaleza para crear una realidad espiritual en la que la naturaleza se repite fuera del tiempo, libre de la amenaza de la muerte y abierta a la eternidad. En esta capacidad encuentra su fuerza para fundamentar el mundo, un mundo en que la carne se ha vuelto espíritu, pero en el que también el espíritu sólo puede alojarse en la carne.

Lo que José Lezama Lima llama la "erótica lejanía" es la distante meta del camino que José Cemí tiene que recorrer para encontrarse como poeta y en tanto poeta convertir la ausencia en presencia y volver a cerrar el círculo dentro del que la realidad se hace posible en términos humanos, vista y experimentada no en su inocencia original sino desde el conocimiento que, sin embargo, debe ser capaz de restituírle esa inocencia que se encuentra en los orígenes. No es extraño que *Paradiso* se inicie con una especie de *segunda* entrada al mundo para José Cemí no a través del proceso natural del nacimiento, sino de una suerte de rito bárbaro y primitivo, anterior o ajeno a toda la tarea de la civilización, que lo regresa a la vida no desde la oscuridad original sino desde el agregado artificial de la enfermedad. Pero una vez de vuelta a ella, es la realidad del mundo la que se brindará como el camino conducente hacia el encuentro de la verdad de la poesía o sea, del espíritu que funda a través de la palabra en la que se hacen visibles las posibilidades siempre imaginarias de la imagen. José Cemí se expresa a sí mismo en el segundo capítulo a través de la prolongación de su

cuerpo que le brinda el solo hecho de llevar una tiza en la mano. Rialta, su hermana, en el siguiente capítulo, llega a poder robarse unas nueces —cualquier fruta es la fruta del conocimiento— extendiéndose sobre la rama del nogal hasta ser también una suerte de prolongación o alargamiento de esa rama. Y más adelante ante la insondable profundidad y el aterrador misterio del sexo que se revela en la oscuridad de una vulva abierta sólo al cubrirla con un pedazo de tela de camiseta se recupera la potencia que permite llegar hasta esa oscuridad venciendo el paralizante terror ante la pura fuerza de lo natural. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito. El juego de relaciones no parece terminar nunca en *Paradiso*. Como en los relatos de Baldovina, la verba, el lenguaje, gira siempre gozosamente sobre sí mismo complaciéndose antes que nada en su propio despliegue. Mediante él, a través de él, unas veces la realidad se abre de pronto hacia un abismo sin fondo y por él, gracias a él, vuelve a encontrar la referencia, los puntos de apoyo que la regresan a la superficie. El viaje desde la oscuridad hasta la luz no termina nunca; pero su continuo recomienzo sólo es posible porque el círculo se cierra. La ausencia material del padre se convierte en presencia espiritual a través del encuentro de la vocación poética.

Tal vez ese encuentro aparta para siempre al poeta de lo "natural". De allí todas las implicaciones perversas y concretamente homosexuales de *Paradiso*. La fundación que el poeta es capaz de lograr no descansa en la oscura fecundidad de la tierra sino en la luminosa pureza del espíritu y en el campo de lo natural es siempre estéril. Pero si está fuera del mundo, el poeta se coloca en ese lugar precisamente para devolvernos la realidad del mundo desde la aceptación de su imposibilidad de reconocerse a sí mismo, de su misterio y su abismal e insondable oscuridad, la misma que inesperadamente durante la infancia se abre para José Cemí a través de su participación en un inocuo juego de yaquis (matatenas en México) en el corredor de su casa. En el juego, la pelota se remonta hacia el aire, sin ninguna resistencia, gracias al vacío y en tanto el jugador debe recoger del suelo, progresivamente, un número cada vez mayor de yaquis, de objetos materiales. Con ellos en la mano, cuando la tarea de recolección durante el lapso que permite el vuelo de la pelota termina, encuentra el triunfo. El vuelo del espíritu ha hecho posible la apropiación de la materia. Pero esta tarea sobrecoge. Hay algo terrible en ella. Abre un instante de puro vacío. Así lo advierte José Cemí niño durante el inofensivo juego en el que sus capacidades resultan inferiores a las de todos los demás participantes. Sin embargo, esa es la tarea del poeta. Y un poeta es lo que José Cemí llegará a ser a través de todas las vicisitudes que se nos comunican en la novela. Su viaje terminará en el encuentro de la tierra prometida, el *Paradiso*.

La historia siempre se lee al revés. Cuando *Paradiso* termina, José Cemí está en el camino de la poesía que lo llevará seguramente a escribir *Muerte de Narciso*. Por la poesía, aunque la muerte de Narciso revuelva las aguas e impida la posibilidad de contemplación, el mundo encuentra de nuevo la apacible serenidad en la que se revela su belleza. Ahora, desde la muerte de José Lezama Lima, hablamos de la vida de sus obras. Su ausencia es también una presencia; pero no se trata de encontrar en esta evanescente presencia de su ausencia real ningún consuelo. José Lezama Lima está al fin en los brazos de Proserpina. Su canto ya no le pertenece; pero sigue cumpliendo la función que Lezama le atribuyó: a través del canto la espiritualidad de la palabra le restituye su inmovible verdad a la materialidad del mundo. El cuerpo del poeta está hecho ya de palabras y desde su oscuro, como él lo buscó, las palabras nos entregan su vida.